para lograr aquel fin. Si desgraciadamente llegase á faltar al pueblo su cura, no habria para el primero otro maestro que el gendarme, ni otra moral mas que la de la policía de las prisiones. Toda la educacion consistiria en los reglamentos de policía, toda la virtud en miedo, y toda la inocencia en hipocresía.

CAPITULO II.

Carácter de la educacion del pueblo.

Muchos se ocupan de la educacion del pueblo, y pocos saben cómo debe ser.

Cuidémonos, amigo mio, de las equivocaciones y de los horrores. La educacion del pueblo, tiene condiciones que solo el cristianismo nos ha dado á conocer. Por que el cristianismo es el amigo del pueblo, y como está basado en la razon y en la sabiduría, el amor que tiene al pueblo, no puede dar lugar á extravíos ó á ilusiones.

La educacion del pueblo será principalmente moral. Tendrá por objeto, hacerlo bueno, sencillo, caritativo, fiel á los

deberes de la vida civil, como á los de la vida doméstica.

Seria una locura pretender dar al pueblo esa política elegante, que buscamos en las clases elevadas de la sociedad. Tienen los hijos del pueblo un aspecto rudo, que con mas frecuencia de lo que se piensa, oculta la virtud. Si la educacion tuviese solamente por objeto quitar al pueblo esa aspereza, para hacerlo aparecer elegante y de buenas maneras, creo que á lo mas lograria iniciarlo en los vicios de la civilizacion, sin obligarlo á otra cosa que á una vana imitacion de las gracias de esta última. La educacion seria entonces una corrupcion.

La política del pueblo debe ser profunda y verdadera; debe hallarse en el fondo del alma. No debe ser solo un adorno, sino una virtud.

El pueblo bien educado será religioso, y su religion será clemente, hospitalaria y benéfica.

La piedad del pueblo es un admirable instituto de educacion, porque le hace comprender el respeto que debe á la sociedad, haciéndolo digno de las consideraciones que él guarda á los demas. Ennoblece su humanidad; hace grande su pobreza; y á su condicion de miseria y su-

frimiento, le impone no sé qué cosa que inclina á la veneracion.

¡Desconfiad de un pueblo sin religion! No hablo de los vicios que lo corrompen, ni de los crímenes que lo machan, hablo de los hábitos de educacion que lo harán intratable y feroz.

Un pueblo sin religion será orgulloso y desconfiado; su acento será áspero y altivo; su porte insultante; su grosería desdeñosa. No espereis de él política ni afabilidad. Traducirá vuestra benevolencia por timidez, y contestará á ella con sarcasmos. El menor defecto de un pueblo sin religion, es la insolencia ó la necedad.

De semejante pueblo debe huirse, lo repito, no por causa de sus vicios ó de sus crímenes, sino por sus hábitos insociables y semi-salvajes

Los filósofos verdaderamente lo son muy poco. Quieren dar educacion al pueblo, y quitan el único elemento de educacion; la religion, que es toda la civilizacion posible entre los hombres, á los que tienen una educacion esmerada y elegante, da una política, que no oculta la corrupcion; al pueblo da un convencimiento de respeto que suple á la política.

Los filósofos han dicho mas de una vez

que la religion mantenia al pueblo en la abyeccion y el servilismo. Sin la religion, amigo mio, lo sabeis perfectamente, el pueblo seria un pobre esclavo hollado por los grandes y por los poderosos; y cuando mas tendria el fatal recurso de levantarse de cuando en cuando con sus cadenas, para romperlas en la cabeza de sus señores. ¿Y este seria un estado natural de sociedad y de libertad?

Si la educacion del pueblo no tiene ese carácter de digninad y benevolencia que da el cristianismo, creed que el pueblo caminará á la barbarie por el exceso del orgullo y de la grosería, ó á la esclavitud por el exceso de la sumision y del temor.

¿Y á quién corresponde de derecho, decidme, colocar en la frente del pueblo una señal que lo haga venerable y querido á los que mandan? ó bien ¿quién es el que tiene la mision de consagrar el poder á los ojos del pueblo haciéndolo santo é inviolable?

Por medio de la educacion, dicen, se acostumbrarán los hombres á amarse y respetarse mútuamente. ¡Ah! la religion, por poderosa que sea, no siempre triunfa de las pasiones que abriga el corazon del hombre, ¿quién podrá, pues, dar la educacion de que hablan? porque si los

filósofos han de darla, y solamente ellos, esa educacion nada impone á la conciencia; esa educacion será un cebo, un engaño, y nada mas. ¿Y creis, filósofos, que el pueblo acepte ese convenio, ese cebo, esa nada con que le brindais? Yo os respondo, que se reirá de vosotros, y hará muy bien.

Para formar la educacion del pueblo, es preciso poder hablar á su razon con autoridad. La razon de los filósofos no basta para este objeto.

La educacion del pueblo no es una obra de simple filantropía; es al mismo tiempo una empresa de alta política y de caridad. Solo el cristianismo da la razon y los medios de esta obra social y humana.

Dad á la educacion del pueblo un carácter cristiano, y entonces le dareis una educacion de verdadero progreso. Quitad los sistemas que solo están fundados en cálculos de utilidad. Lo que es provecho para unos, no lo es para otros, y formando de este principio la base de la educacion, enseñad solamente al pueblo el arte de servirse de su fuerza, segun el cálculo de su interes. ¿Quién ignora que este sistema seria vastísimo?

La educacion no quitará al pueblo el deseo de mejorar su vida; le dejará toda

la energía de su trabajo y todo el valor de su ambicion. No se extraviarán sus deseos hasta la locura; no se engañará sobre las condiciones de la humanidad; no aspirará á quimeras; no saldrá de las realidades, en las cuales se halla sumergido para correr en pos de sueños y de sombras. Sabrá que los hombres están unidos entre sí por un lazo de amor; que en las posiciones desiguales de la vida humana hay una cosa que es comun, el deber y la virtud.

La educacion del pueblo será modesta, sin despojarlo de sus elevados pensamientos: será patriótica: hará que se ame la gloria y las virtudes de sus antepasados; excitará la emulacion, con bellos ejemplos; inspirará aversion á la bajeza y á la cobardía; y en esto tambien será cristiana, porque el cristianismo es la inspiracion de todo lo que es noble y grande.

Tal será el carácter de la educacion del pueblo. Y como lo he repetido con frecuencia, la educacion no es la instruccion sino la regla, el pensamiento, el alma de ésta. Lo que necesita el pueblo en primer lugar es, educacion; en segundo, educacion, y sobre todo, educacion; pero no una educacion artificial y engañosa, sino una educacion real y penetrante; una edu-

cacion que en cierta manera se apodere de él por las entrañas; una educacion que haga las veces de cultura, que domine su vida entera y que lo sujete fuertemente á las leyes del órden moral, que son todas las condiciones de su felicicad.

Y ya veis que siempre tenemos que recurrir al cristianismo. El solo posee el secreto de ese imperio moral, bajo el cual, el hombre se amolda y acostumbra á las virtudes, y tambien á la política y á la afabilidad.

CAPITULO III.

Costumbres del pueblo. Sus defectos y virtudes.

De lo expuesto resulta, que cualquier hombre que desea ocuparse de la educacion del pueblo, debe saber ante todo lo que es propio para el pueblo, y lo que lo constituye pueblo, en cierto modo.

No quiero decir, que deba penetrar la cuestion filosófica del pueblo, cuestion grande que sirve de base á toda la teoría de las sociedades. La filosofía no puede

explicarse á sí misma esa distribucion de los puestos humanos, sin remontarse á un órden superior. Solo Dios es la explicacion del pueblo, bajo el punto de vista de la constitucion política de las naciones y de los imperios.

Mas habiéndose, ante todo, aceptado el pueblo como un gran hecho social, independientemente de las explicaciones que puede darnos la razon de los filósofos, el objeto del moralista es estudiar la naturaleza propia de esa masa siempre viva, y eternamentente sometida á las mismas condiciones de trabajo, de sufrimiento y de sacrificio.

El pueblo tiene, en efecto, su naturaleza. Tiene leyes que rigen su vida como pueblo. No es pueblo únicamente porque se halla colocado accidentalmente en esa baja region del órden humano. Es pueblo, porque tiene maneras propias que lo hacen pueblo, es decir, tiene sus costumbres, sus hábitos, sus necesidades, y por consecuencia, sus defectos y virtudes. Y eso es precisamente lo que debe estudiar todo hombre que se ocupa de la educacion del pueblo. De otra manera, se engañará infaliblemente en todos sus proyectos de educacion.

Esto se comprende perfectamente, ami-

go mio. Si elevais al pueblo para darle otras costumbres diversas de las suyas, otras distintas virtudes, cambiais la naturaleza del pueblo, es decir, ejecutais, no una obra de educacion, sino una obra de revolucion.

Y despues de una revolucion verificada de esta manera, ¿dejará de haber pueblo? ¡Ah! no, creedme; habrá siempre el pueblo, porque es la condicion fundamental, *fatal* si se quiere, de la gran existencia humana. Se necesitará mucho tiempo para colocar de nuevo á la sociedad sobre su base, y de este modo, creyendo haber hecho la felicidad de los hombres, los habreis atormentado con cambios violentos, rápidos, destructores, cuando le es tan fácil á la Providencia producir esos movimientos, gradualmente y sin sacudimientos.

La educacion del pueblo será homicida si no le deja al pueblo su naturaleza propia.

Y qué, ¿lo que amamos en el pueblo, no es precisamente su fisonomía de pueblo? Si este toma vestidos elegantes, ya no es pueblo, es nada, porque desaparece su fisonomía, y no presenta mas que una forma prestada que le quita su verdad, sin darle el atractivo de la imitacion.

No sucederá lo mismo con su naturaleza moral. Cambiad los hábitos del pueblo, cambiad sus costumbres y sus necesidades; no sé si se las dareis mejores, pero seguramente le habreis quitado todas las realidades de su existencia, y le habreis impuesto nuevas condiciones, bajo las cuales su vida estará fuera de su derecho, y siempre atormentada.

Es una gran desgracia para el hombre no saber aceptar las leyes naturales que le fueron impuestas. La educacion deberia tener por objeto amoldarnos á esas leyes. Entonces seria perfecta.

Esto se aplica particularmente á la educacion del pueblo. Conozcamos su naturaleza propia, para conformar nuestra enseñanza y nuestros preceptos á las condiciones de su existencia y á su verdadera utilidad.

El pueblo tiene sus elementos morales que deben servir de regla á nuestros estudios. No para dejar que al pueblo se extravíe, lo que parece una consecuencia natural de su constitucion de pueblo, no; ¡qué perniciosa teoría! sino para que reconociendo lo que es propio al pueblo, no le pidamos perfecciones que no podria realizar.

Las mismas virtudes seguramente con-

vienen á todos los hombres, y el cristianismo; sobre todo, sabe el arte de acomodar los deberes á todas las condiciones de la vida humana. Pero hay perfeccion en la inteligencia, como delicadeza en los afectos, que no pueden exijirse del pueblo, y por su falta, creed que la humanidad nada perderá.

Con su rudeza, con lo poco culto de su inteligencia, el pueblo comprende perfectamente las grandes cosas que lo ligan al cristianismo. Tiene en sí mismo un instinto profundo de afecto y de caridad. En las adversidades públicas, se han visto en el pueblo ejemplos de sacrificio personal, cuya relacion arranca lágrimas. En los infortunios privados se ven todos los dias rasgos de generosidad y de valor, dignos de los tiempos mas santos y mas puros. Las mugeres del pueblo conservan, sobre todo, el secreto de esas sublimes inspiraciones; y en general, los carácteres mas rudos en apariencia, siguen naturalmente ese impulso de abnegacion y de valor. Ha sucedido, mas de una vez, que la cultura quita al pueblo ese libre instinto de las cosas grandes, para no darle mas que una imitacion de los refinamientos propios de la corrupcion. Esto se halla escrito en estilo espantoso en la historia de lo que

se llama la civilizacion. ¿Acaso la cultura del pueblo es funesta, y será preciso repetir las palabras de Rousseau, sobre la educacion? ¡Dios no lo permita! lo que es funesto es una cultura mal dirijida, inoportuna y sin prevision. Cuando se educa al pueblo de tal suerte que deba perder sus inocentes inspiraciones de virtud, sin ganar ninguna de las perfecciones reales de la política, se le prepara á los vicios del egoismo y se dispone á la desgracia: hé ahí cuánto puede hacer la filantropía, con su celo sin inteligencia y sin amor.

Así, pues, es necesario al moralista, conocer bien la naturaleza propia del pueblo, para ocuparse útilmente de su educacion.

Hay personas á quienes les es imposible soportar el simple aspecto exterior del pueblo. ¡Por su lenguaje brusco, por sus formas groseras y sus hábitos comunes! Apresuraos, dicen, á iniciar al pueblo en los usos de la vida civilizada.

¡Buenos amigos del pueblo! ¡Por qué no dicen, que se quite del mundo la imágen del trabajo y de la afliccion.

Así como el pueblo tiene las manos callosas, tiene sus hábitos ásperos y duros, porque esto está en su condicion de pueblo.

Conviene, ante todo, soportar lo que no puede cambiarse; el objeto de la educacion es quitar los vicios del pueblo; las quimeras consisten en creer que se pueden quitarle hasta sus defectos, y aun cambiar su naturaleza.

¿Cuáles son, por otra parte, los defectos del pueblo? Confesad, amigo mio, que el hombre de mundo los juzga con relacion á la perfeccion de las costumbres, que él solo conoce y que ni siquiera sospecha el pueblo.

Sin embargo, hay defectos que la educacion debe atacar por todas partes, ya sea que residan en el pueblo ó en las demas clases de la sociedad humana, porque tocan muy de cerca á los vicios. Si el pueblo envidia la riqueza, no soporta sino con cólera el bienestar y la prosperidad agenas; si se irrita á la vista de los grandes, y si su aspereza se convierte en insulto, ciertamente la educacion debe acudir en auxilio de esa naturaleza inculta, que está en peligro de traspasar todos los límites. Pero ¿qué digo? ¿No hay ya un principio de cultura, y habiendo querido reformar la grosería del pueblo, ella es la que lo ha pervertido?

El pueblo no se deja llevar por sí mismo, por el odio y la envidia: su debilidad

lo dispone mas bien á la benevolencia; pero es preciso que su debilidad no sirva de pretexto y de excitacion á la maldad; entonces puede fácilmente cambiarse en furor.

Me atrevo á decir que el pueblo nace bueno; su instinto lo inclina á la bondad, y ésta contrasta con su rudeza; pero es muy fácil convertirse en malo; y si llega entonces á ser feroz, la culpa es de sus consejeros y de sus guías.

La educacion puede, por lo mismo, convertirse fácilmente en corrupcion, cuando quita al pueblo sus inclinaciones naturales de benevolencia, para hacer que odie á los hombres, y sobre todo, á los que mandan.

Lo notable es que no se extravía al pueblo, sino presentándole hermosas y nobles imágines; imágines de gloria, ó de patria ó de libertad. Esto consiste en que hay en el corazon del pueblo un secreto impulso hácia las cosas grandes: si se engaña, es porque lo engañan.

Dicen algunos frecuentemente: el pueblo es inconstante. Seria mas propio decir que es fácil de recibir el impulso de los que se anuncian como sus señores. Esto depende del poco conocimiento que tiene de las pasiones humanas. Su cre-

dulidad lo hace instrumento de los demas; pero entregado á sí mismo, el pueblo es fiel á sus recuerdos y á sus afectos. Hay en su fidelidad un no sé qué de invencible, á veces una especie de rutina; pero esa misma rutina es la aversion á la novedad. Veis al pueblo que se mezcla con las revoluciones, como un instrumento propio para destruir cuanto encuentra, y al dia siguiente lo encontrais tal cual era la víspera. Nada se cambia en sus ideas y en su amor, y pregunta por qué lo obligan á tomar parte en las revoluciones. El crímen de las revoluciones hechas por el pueblo, no es delito del pueblo, su inconstancia es irreflexion. Los criminales son los que desmienten su inocencia, y trafican con su ignorancia.

En esa simplicidad del pueblo en seguir el impulso que le dan, hay una mala inclinacion, que es necesario conocer. El pueblo cree fácilmente en el mal. Es desconfiado y malicioso. Imaginar que hay malos guías que lo amenazan y pueden perjudicarlo, es para él una especie de supersticion. Esta disposicion natural, es misteriosa; parece perpetuar la tradicion de la primitiva historia del hombre. Frecuentemente personifica esos malos génios, y se le ha visto perseguir furiosamente, á algunos inocentes, viejos ó jóvenes, y aun enfermos, y llegar á la crueldad contra ellos, por la simple sospecha de un poder oculto ú odioso. Algunas veces, esa misma disposicion de temor, se torna voluntariamente contra las personas que ejercen el poder sobre la tierra. Si se encuentran algunas lenguas perversas, que digan al pueblo que se trama contra él en los círculos elevados de la sociedad, alguna inmensa conjuracion de asesinato y oprobio, el pueblo los creerá. El pueblo cree todo lo que es horrible, exhorbitante ó enorme. ¡Fatal inclinacion, fuente de crímenes y de desgracias! ¿Cómo quitar esa inclinacion al pueblo? ¿seria casi quitarle su naturaleza? ¿No será mas social, mas político, reprimir las lenguas infames, que lo extravian y lo venden?

Por última vez, conozcamos al pueblo, tal cual es, para acomodar su educacion á sus enfermedades y á sus necesidades.

El pueblo tiene buenos y malos instintos. Hagamos que la educacion fortifique los primeros, y temple los segundos.

No ataquemos, porque seria en vano, ciertas condiciones que constituyen la naturaleza del pueblo. Dejemos á este su áspera simplicidad, su inculta inocencia, sus hábitos groseros, con tal de que bajo

esta forma, se encuentre la fidelidad, la bondad y el candor. Corrijamos en el pueblo todo lo que se parezca á la desconfianza, con relacion á las clases afortunadas. Dejando que se desarrolle ese sentimiento, podrá llegar hasta el furor. Corrijamos el espíritu de envidia y de egoismo, y enseñando al pueblo la economía y la prevision, guardémonos de conducirlo á los deseos moderados y á la avaricia, porque de esto, á las astucias del robo, no hay mas que un paso. La pobreza se engaña fácilmente sobre el sentimiento de la justicia. El pueblo acepta de muy buana voluntad ciertas ilusiones sobre el derecho de propiedad. Empleemos toda nuestra solicitud y cuidados en separarlo de las falsas ideas, y en vencer los malos instintos. Este es uno de los objetos tal vez el mas santo, de la educacion.

Es preciso rodear al pueblo de atenciones, y librarlo de las redes que lo cercan. No lo acostumbremos á la vida perfeccionada de los salones, sino hagamos que la rectitud arregle su vida, siendo mas fuerte que las astucias de sus corruptores.

En todas épocas la imaginacion de los moralistas, así como la de los poetas, se ha fijado en el pueblo para encontrar es-

pectáculos de virtud, cuando el resto de la sociedad caminaba atacada por los vicios. En efecto, la degradacion alcanza al pueblo, hasta que las demas clases se hallan degradadas. Así que, es una magnífica esperanza poder recobrar la civilizacion por medio del pueblo. El cristianismo independientemente de mision sobre humana, ha salvado ya una vez al mundo por medio de este oficio maravilloso. ¡Ojalá y aun pueda salvarlo otra vez! El pueblo ha sufrido mucho con los contagios que han asolado la tierra, hace mas de un siglo; pero su naturaleza no se ha dañado completamente. Algo le queda que hacer á la educacion por los dolores, por las miserias, por los engaños que han servido de leccion al pueblo. ¡Ah! el sufrimiento es un gran remedio contra los errores. Cuando el pueblo ha sufrido una época de duelo y de lágrimas, ha encontrado siempre al fin la religion para consolarlo. Sus aduladores habian desaparecido. Esto es lo que hace fácil en lo sucesivo la educacion del pueblo. Sus virtudes tienen un estímulo en el recuerdo de sus desgracias, y sus defectos una correccion en la experiencia de sus yerros.